

En Constantinopla, en Roma y en Alejandría estaba la policía fuertemente organizada, y sin embargo se asesinaba impunemente. ¿Qué sería en las ciudades donde ninguna fuerza armada mantenía la paz pública? «Bajo el imperio de Constancio, escribe Juliano, los ciudadanos eran encarcelados, perseguidos y desterrados. En Cícico y en Samosata se han degollado multitud de hombres, sospechosos de herejía; en la Paflagonia, la Bitinia y la Galacia se han saqueado y destruido ciudades enteras.»

Un escritor eclesiástico habla de un combate por causa religiosa en el cual hubieron de perecer hasta 4,000 soldados, lo que autorizaría á crear una matanza mucho mayor de los adversarios.

Saliendo de su calma habitual, exclamaba Amiano Marcelino: «Las fieras no son más crueles para el hombre que la mayor parte de los cristianos entre sí.» Gregorio Nacianceno deploraba que el reino de los cielos fuera un caos en que se agitaban todos los furiosos del infierno (1).

Las virtudes ocultas en el fondo de muchas casas cristianas no brillaban á todos los ojos. Todos, al contrario, veían las conversiones interesadas de los funcionarios y la sociedad profundamente turbada por las agrias disputas de los doctores, por los tumultos de los herejes ó de los ortodoxos. Así, es lícito pensar que el fervor pagano de Juliano hubo de aumentarse al espectáculo de aquel inmenso desorden y al ruido de las pretensiones de la Iglesia, que poniendo ya al obispo por encima del príncipe, amenazaba destruir de un mismo golpe la religión y las instituciones del imperio.

Con todo eso, si la ambición episcopal era mala, la teoría contraria de la subordinación de la Iglesia al Estado no era mejor. Cuando Constantino y su hijo hacían de sus obispos funcionarios obedientes, preparaban aquella Iglesia de Oriente sujeta al poder civil, cuyo oficio fué estéril para la obra general de la civilización. Si la otra, hecha ya soberana de los pueblos y de los reyes, hizo derramar mucha sangre y detuvo durante mucho tiempo el vuelo del

pensamiento, pagó á lo menos esta dominación con obras magníficas en las letras y las artes, con fundaciones útiles y sacrificios heroicos. A mediados del siglo cuarto reclamaba la libertad y no pretendía aún el poder que las circunstancias pondrán un día en sus manos (2).

Así, pues, estamos por Atanasio y por su Iglesia libre contra los eusebianos y su clero, dócil instrumento de la autocracia, como estaremos contra los que más tarde querrán reducir el Estado á ser sólo el brazo de la Iglesia. La antigüedad, salvo el tiempo de las persecuciones, había vivido sin inconveniente de esta mezcla adúltera de la religión y la política, que hizo la fuerza de las antiguas ciudades. La Edad media vivirá también, y á su vez perseguirá. Nuestras sociedades modernas quieren dar la libertad á los dos adversarios, y éste será el fin de una de las grandes etapas de la humanidad. Añadamos para ser justos que en el siglo cuarto, ni príncipes ni pontífices podían pensar en reconocer la independencia de estas dos fuerzas sociales; pero luchaban con tal violencia una contra otra que «aquel siglo de esplendor teológico fué el prólogo de la barbarie.»

En las narraciones precedentes se han leído palabras de combate y visto grandes violencias: era la historia de la Iglesia militante, que si satisfacía la conciencia religiosa de los unos, vulneraba la conciencia política de los otros. Si hemos presentado lo que de ordinario se oculta, si pasamos de largo sin detenernos ante virtudes privadas que se celebran y nosotros honramos, es porque nuestra labor es el estudio de la vida pública del pueblo romano y la investigación de las causas que arruinaron el Estado. A los hagiógrafos toca presentar, como compensación de las desgracias del imperio, la pureza de vida, la caridad de piadosos obispos, de santos personajes y nobles matronas; á nosotros, que desde tanto tiempo há vivimos con ese pueblo y lo vemos morir, atravesar tristemente el siglo cuarto, en que el ruido de las disputas y contiendas religiosas impide oír los pasos de los bárbaros que se acercan y en que Dios tuvo muchos adoradores interesados, la patria ninguno.

## CAPÍTULO CVII

JULIANO (3 NOVIEMBRE 361—26 JUNIO 363)

### I.—LA REACCION PAGANA.

Juliano no era el filósofo que, dueño de sí mismo, tiene el ánimo libre de temores supersticiosos y de curiosidades peligrosas ó estériles: era un devoto, y un devoto tanto más sincero cuanto que razonaba su fe; su religión era un sistema. Para establecerlo, había puesto á un lado las contradicciones de los maestros del pensamiento humano (3) y las fábulas de la mitología, demasiado encantadora; des-

Gregorio de Nacianzo (t. I, p. 5 y 335, ed. Billy) se queja de los «hombres sin virtud que se precipitan sobre el altar para hacerse una renta de la sagrada mesa,» y San Basilio (*Carta 54*) habla de los que se hacían clérigos por no ser soldados. Miserias de todos los tiempos.

(1) Juliano, *Carta 52*; Sócrates, II, p. 38; Amiano Marcelino, XXII, 5: «...nullas infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plebique christianorum. A estas turbaciones en las provincias orientales hay que añadir las de Africa, donde continuaban los furiosos y los crímenes de los vagabundos, circumcelliones.»

pués de la confusa mezcla de las enseñanzas dadas en los libros, en las escuelas y en los misterios, sacó para su uso una especie de revelación, que puede llamarse el helenismo y que oponía él á la revelación judía. La sabiduría pagana ¿no provenía también de los dioses y de los hombres, sus intérpretes? Más adelante veremos su teología: hagamos constar sólo aquí su firme creencia de que interviniendo los dioses en las cosas de este mundo, enviaban á los hombres inspiraciones para dirigirlos en la vida, porque esta creencia determinó su conducta política. «¿Qué motivo me hizo venir de las Galias, escribía, después de la muerte de Constancio? Una orden de los dioses, que me prometieron la salvación, si obedecía.»

(2) En su *Historia de los arrianos*, dirigida toda ella contra Constancio, no reclama Atanasio más que la libertad religiosa; Ambrosio irá más lejos.

(3) No hacía á los materialistas ni escépticos, á Epicuro ni á Pirrón, el honor de comprenderlos entre los filósofos. Llamaba al incrédulo Enomaos, el autor de «Los Charlatanes descubiertos,» *alma bestial*. *Disc.*, V y VII.

Así, pues, la cuestión religiosa fué el principal asunto de su reinado: lo demás es episódico y pocas palabras bastarán para referirlo. Después estaremos más desembarazados para exponer la reacción pagana que procuró operar.

En política como en religión, Juliano es un hombre del pasado. Tenía razón en prescindir del ceremonial servil de la corte, en rechazar los títulos de amo y señor y en creer que para la trasmisión del poder, la adopción valía más que la herencia; pero no tenía razón en copiar, exagerándola, la conducta de los Antoninos respecto del senado: era engañarse sobre los hombres y el tiempo.

Hemos expuesto los motivos del respeto de aquellos príncipes al último resto de la república, que si no era temible, podía ser todavía útil. Pero en el siglo cuarto no existían ya estos motivos, y una deferencia afectada con la humilde asamblea reunida en Constantinopla estaba en contradicción con el nuevo estado del gobierno, de la corte y de las costumbres públicas. Cuando Juliano asiste á la curia como simple senador, ó conduce á ella á los cónsules yefdo á pie delante de su carro de gala; cuando en el circo mantiene en las sombras su majestad imperial para dejar todo su esplendor á la dignidad consular; cuando, en fin, por haber manumitido inadvertidamente á los esclavos á quienes debían dar la libertad los cónsules al entrar en funciones, se condenó á una multa de diez libras de oro, hace política menuda, la de las apariencias; hasta pudiera llamarse la política de la hipocresía, si Juliano, un letrado, un sabio que tenía más memoria que imaginación, no hubiera sido completamente sincero en esta evocación del pasado. Habiéndole presentado una apología del cristianismo, escribió al pie: «He leído, he comprendido, he condenado.» Las palabras de César que imitaba habían expresado una verdad heroica; las suyas no eran más que una pedantesca reminiscencia. Sus últimas palabras serán otra: á orillas del Tigris morirá, como en Atenas Sócrates, repitiendo una página del *Jedon*.

El primer cónsul que nombró fué un retórico, Mamertino, que le dió las gracias por este honor en una arenga vacía, aunque sonora, en que decía: «La filosofía, en otro tiempo sospechosa y tenida por culpable, hoy vestida de púrpura y coronada de oro y perlas, se sienta en trono imperial.»

No siempre se mostraba con tan suntuosa ostentación, como quiera que Juliano entendía ser filósofo así por el traje como por las ideas. En efecto, mientras algunos sofistas, llamados á la corte, ostentaban un lujo insolente gracias á sus liberalidades (1), el emperador iba pobremente vestido, y su frugalidad era para desesperar á un cínico. Esta afectación de sencillez muy buena para la Esparta de los antiguos días, ridícula en el trono de Bizancio, revela en aquel amable y elevado espíritu, en aquel corazón honrado, pueriles debilidades.

Sin embargo, este desdén de las pompas oficiales salvó á lo menos á un inocente, que en tiempo de Constancio hubiera sido un culpable, un condenado. Acusábase á un personaje de ambiciosos designios, sólo por tener una tú-

(1) Eunapio, *Maximo*, y A. Marcelino, XX, 12-13. Juliano escribió dos tratados contra los falsos cínicos que procuraban explotar su filosofía y su austeridad. San Juan Crisóstomo, en su libro sobre *Babilias contra los Gentiles*, representa á Juliano siempre rodeado de magos, encantadores, de gente perdida, de cortesanas invencibles, y San Gregorio Nacianceno (*Disc.*, IV) habla lo mismo. Véase á qué grado de odio y de injusticia puede llevar un santo celo aun á los más elevados espíritus. Juliano tuvo ciertamente á su lado un número excesivo de sacerdotes de su culto, adivinos, augures y taumaturgos (véase Am. Marcelino, XXII, 12); pero su palacio estuvo siempre cerrado á los hombres de desordenada conducta y mucho más á las mujeres desvergonzadas.

nica de púrpura. Juliano encargó al delator llevarle unos borceguies del mismo color para completar el traje.

Por lo demás, sus rarezas no le impedían conservar la plenitud del poder imperial, y había aprendido en Galia á hacer buen uso de él. A pesar de su filosofía, ó á causa de ella, se formaba la más alta idea de los deberes del príncipe, «que debe alejar de su ánimo todo lo vulgar, elevarse por encima de los demás hombres y venir á ser una especie de ser divino... Para que el gobernante sea mejor que los gobernados es preciso que la ley, emanación de la pura razón, reine sola y no la voluntad arbitraria de un hombre, que puede ser un bruto en un palacio.»

Nobles pensamientos, pero de aplicación difícil. Juliano procuró á lo menos acercarse á este ideal. Sobre su espíritu de justicia nos queda una página de Marcelino que le



Juliano

hace mucho honor, como escrita por un autor que fué un hombre de bien, un patriota, un soldado, jamás un cortesano; que amaba á Juliano y vitupera, sin embargo, algunos actos suyos; que pagano, no tuvo por el paganismo enojoso fervor, se mostró justo con los cristianos y no comprendió en la cuestión religiosa más que la libertad dejada á cada uno para practicar el culto que prefería.

«En vez, dice, de abandonarse á las seducciones aplicaba Juliano todas las fuerzas de su inteligencia á hacer justicia, á reprimir el fraude y á proteger el buen derecho. No hay ejemplo de que la religión de las partes haya tenido nunca influencia en sus decretos. La conciencia del juez no debe hacer acepción sino de lo justo y de lo injusto, y antes que él se olvidara de observar esta regla, hubiérase olvidado un marino de velar sobre los escollos de que la mar está sembrada.»

Empezó por hacer favores á Constantinopla, donde había nacido, y cuyos habitantes le llamaban «el hijo de la ciudad.» Aumentó los privilegios de su senado; la dotó de un puerto abrigado contra los vientos del Mediodía, de un pórtico y de una biblioteca en que él depositó los primeros manuscritos. En cuanto al imperio, perdonó los atrasos de las contribuciones, disminuyó las cuotas y declaró que el pesado impuesto del oro coronario debía ser siempre voluntario. Era su donativo de feliz advenimiento (2).

(2) Temístio escribía en 357, en su discurso VIII (ed. Hardouin,

Amiano Marcelino llama á la corte del último príncipe la sentina de todos los vicios, y ya hemos visto cuántas exacciones, rapiñas y crueldades se cometían en ella. Desde su llegada á Constantinopla fué abrumado Juliano de quejas y acusaciones contra aquellas «bestias feroces.» Rehusó inaugurar su reinado con ejecuciones sumarias, pero constituyó con los más altos personajes del imperio un tribunal en Calcedonia para obligar á los estafadores á restituir lo que indebidamente habían embolsado y juzgar á los ministros de Constancio, que habían enviado al suplicio á tantos desgraciados por crímenes imaginarios.

He aquí uno de los procedimientos políticos que resultan siempre malos, porque bajo capa de justicia, el odio, la avidez y otras detestables pasiones se coligan contra los vencidos, que están ya castigados con su misma derrota. Verdaderos culpables perecieron ó fueron desterrados, pero también hombres que no habían hecho más que obedecer á Constancio (1).

En estas condenaciones, se ha querido ver una persecución contra los cristianos, y no hay que ver más que una reacción contra el último reinado, cuyos excesos hubiera debido atajar Juliano mejor que lo hizo. El prefecto del pretorio, Mamertino, había condenado ya al fuego al jefe de las legiones de Aquilea y hecho decapitar á dos curiales de esta ciudad, culpables de haber permanecido fieles á su príncipe hasta la noticia de su muerte: tal era la dureza de aquel tiempo, que el honrado Marcelino tiene por justa la sentencia.

Sabido es que multitud de domésticos inútiles y de cortesanos famélicos llenaban el palacio, convertida en una sima que se tragaba lo mejor de las rentas del príncipe: Juliano despidió esta gente baldía y vendió los eunucos, «que eran más numerosos que las moscas en un día de verano.»

Las exacciones y la venalidad de los funcionarios perjudicaba á la vez á los contribuyentes y al tesoro, las inmunidades eran muy onerosas en las ciudades y la prodigalidad de los diplomados arruinaba las postas imperiales. Juliano procuró moralizar la administración y redujo la clase de los privilegiados que vivían como parásitos á expensas de la comunidad. Los gobernadores fueron obligados á poner en el tesoro, dentro de treinta días, las cantidades percibidas so pena de una multa de 10 libras de oro, y el doble á sus empleados, que, solidarios del jefe, estaban interesados en no prestarse á culpables complacencias. Una

pág. 113), que hacía cuarenta años y por consiguiente en tiempo de Constantino y sus hijos, los impuestos habían crecido el doble. El gobierno no era por eso más rico. Juliano muestra el tesoro exhausto, las ciudades y las provincias esquilmas, y acusa de esta miseria á los que á precio de oro habían comprado de los bárbaros el sosiego público, *principes auro quiete a barbaris redempta* (Am. Marcelino, XXIV, 3). El sistema de los subsidios había tomado tal extensión que los recibían hasta miserables enemigos, como los sarracenos (*Ibid.*, XXV, 6).

(1) Casi todos los condenados fueron al destierro, pero hubo también ejecuciones. Am. Marcelino dice que la justicia lloró la muerte de Ursulo. Este personaje había agraviado al ejército reprochándole que consumía la sustancia del imperio y no sabía defenderlo. Estas palabras, dice Am. Marcelino (XX, 2), causaron su muerte en Calcedonia. Y añade (XXII, 7), que Juliano rehusó escuchar á dos reveladores que sabían dónde se ocultaba Florencio, enemigo personal suyo más que todos los condenados de Calcedonia. Al anunciar Juliano á Hermógenes (*Carta 23*) la formación de este tribunal, que no quiso establecer en Constantinopla temiendo que se le acusara de dictar sus sentencias, escribe: «No quiero que esas bestias feroces que hacían cruel á Constancio, sufran la menor injusticia; no por Júpiter, no lo quiero. Pero como hay contra ellos muchos acusadores, se les han dado jueces.» Rendall dice á este propósito: *Julian may be acquitted without reserve from the odium of wilful persecution.*

falsificación de documento justificativo de cuentas arrastraba la tortura, y á fin de que la prueba contra los falsarios pudiera hacerse sin peligro para el revelador, cada quinquenio eran suspendidos de su cargo los funcionarios por espacio de doce meses; precaución tan singular como la precedente, y ambas indicio seguro de la intensidad del mal. También disminuyó el número de los que disfrutaban inmunidades municipales.

Amiano Marcelino le vitupera por ello, como censuró por demasiado severa la depuración de palacio. Nosotros al contrario lo alabamos, y aplaudimos también el decreto que sólo concedía á los funcionarios públicos que viajaban en servicio del Estado el uso del *cursus publicus*. Como había hecho en Galia, alivió á las provincias demasiado recargadas y restituyó á las ciudades las rentas que se les habían retirado, á la vez que manteniendo la severa legislación contra los curiales desertores de su oficio: ya se ha visto por qué razón la prosperidad de los municipios era la condición misma de la prosperidad del imperio.

Los polizontes, *curiosi*, eran, como lo son en tantos países, mal mirados por una parte de la población. Juliano redujo su número, que pudo ser necesario en el vasto sistema de espionaje organizado por Constancio. Libanio pretende que los suprimió todos: hubiera sido un mal medio de buscar la popularidad, una ingenua y demasiado filosófica confianza en el respeto de los súbditos al príncipe y á la ley.

Mas para curar los males que el imperio sufría hubiera sido menester tiempo y Juliano no lo tuvo. Por otra parte creía en la eficacia de un remedio de índole distinta: la regeneración del imperio por la vuelta de la sociedad romana al culto de los dioses.

Desde su partida de la Galia había abierto Juliano todos los templos que á lo largo de su camino encontrara cerrados, compensando la indiferencia que había tenido que mostrar á los dioses inmolando víctimas todos los días.

Su carta á los atenienses, cuya copia se dirigió también á otras ciudades del imperio, anunciaba al mundo que un emperador pagano sucedía á dos generaciones de emperadores cristianos. El cambio, de mucho tiempo esperado, no pareció una revolución. El historiador de aquel tiempo, Amiano Marcelino, no le da importancia, y muchos, como él, personas de fría razón, preocupados más bien de los peligros demasiado ciertos del imperio que de las disputas sobre lo desconocido, aspiraban á la paz interior, que turbaban tantas y tan vanas palabras, concilios ruidosos y se diciones episcopales (2).

Queriendo dejar Juliano á los demás la libertad religiosa que él quería para sí, no veían en su advenimiento los ortodoxos más que el fin de la persecución arriana, y San Jerónimo escribía: «Al fin se despierta el Señor: la bestia ha muerto y vuelve la tranquilidad.»

Si los adversarios de la ortodoxia sentían la muerte de Constancio, creíanse bastante fuertes, en Oriente, para poder pasar sin el apoyo del gobierno, cuya embarazosa ingerencia ellos también habían sufrido más de una vez. En cuanto al mundo oficial, con su ordinario servilismo, se plegó al gusto de su nuevo amo, y la multitud, en cuyo seno los tibios y los indiferentes forman siempre la mayoría, pasa tan fácilmente de un sentimiento á otro, que Juliano podía escribir, aun antes de la muerte de Constancio: «Adoramos públicamente á los dioses y todo el ejército

(2) Sobre estas disputas, «que reducían la religión á una triste y fatigosa sofistería,» véase Bossuet, el *Apocalipsis*, cap. IX, 6, según el testimonio de Gregorio Nacianceno.

que me sigue está consagrado á su culto (1).» Los antiguos símbolos reemplazaron en los estandartes los monogramas de Cristo y los tipos paganos reaparecieron en las monedas sin que nadie las rechazara. «El poder, decía Temistio, tiene grandes medios de persuasión; para cambiar de religión somos más móviles que las olas del Euripo.»

En esta primera hora de libertad y de poder, hacía Juliano propaganda personal con sus palabras y su conducta, huyendo de toda propaganda violenta. Hasta á un cristiano se dirigió para que publicara un libro sobre los últimos acontecimientos. «Si quieres, le dice, exponer las causas de estos hechos y escribir su historia, te daré todos los pormenores y documentos necesarios.»

Otro ejemplo de moderación dió el día de los funerales de Constancio. Cuando llegó el cadáver del emperador, de Asia al puerto de Constantinopla, salió á recibirlo sin diadema, en señal de duelo, y lo acompañó á la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se celebraron los ritos cristianos. Los paganos por su parte hicieron en los templos los sacrificios fúnebres, en que intervino el emperador haciendo las libaciones acostumbradas (2).

«Felicítala, dice Libanio, á los que le habían seguido y comprometía á los demás á imitarlo; pero no violentaba á nadie.» Poniendo en práctica esta tolerancia, llamó á todos los desterrados de Constancio: ortodoxos, arrianos, novacianos, donatistas, sin destituir por eso á los que habían reemplazado en sus sillas á los obispos desterrados; devolvió los bienes confiscados y prohibió que se hiciera ningún daño á los cristianos. «Estas gentes, escribía, son piadosas á su manera, porque el Dios que adoran es el Ser realmente poderoso y óptimo á quien nosotros mismos dirigimos nuestras oraciones con otros nombres.»

Convocó en el palacio de los obispos á doctores de diferentes sectas, dándoles para el viaje el diploma que les permitía servirse de la posta imperial, y les dijo cortésmente: «En adelante, cada uno puede sin temor profesar el culto que prefiera, bien seguro de que nadie se lo impedirá. Pero cesad en vuestras disputas; vivid en paz.» Y añadió sonriendo: «Seguid mi consejo: los alamanos y los francos me han escuchado (3).»

Con raro buen sentido pedía el término de aquellas interminables contiendas, porque «si los males del cuerpo, decía, pueden curarse con una operación, los del alma, como los errores sobre la naturaleza de Dios, no se curan ni con el fuego ni con el hierro.»

En su carta á los bostrenos, escrita nueve meses después de su advenimiento, renueva las mismas declaraciones:

«En nuestro reinado, dice, se han levantado los destierros y devuelto los bienes confiscados... No permitimos que se lleve por fuerza á un galileo á nuestros altares; exigimos,

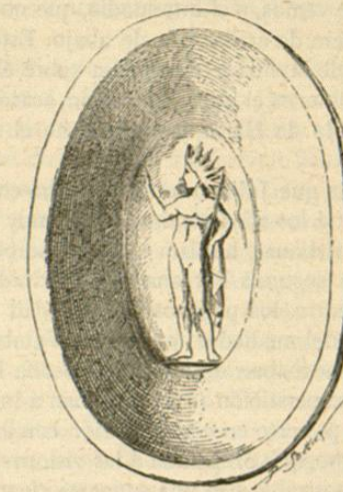
(1) Juliano, *Carta 38, al filósofo Máximo*. El día de la distribución del donativo habitual, algunos soldados ebrios, excitados por las burlas de otros que les echaban en cara haber recibido monedas paganas, hubieron de armar en la calle un ligero tumulto. Juliano se limitó á enviarlos á otros cuerpos.

(2) Sobre esta ceremonia tenemos dos narraciones: una de Gregorio de Nacianzo (*Disc.*, V, 16-17, ed. 1840), que no dice si Juliano entró en la iglesia, y otra de Libanio (*Disc.*, X, p. 289, ed. de 1627), que lo representa inaugurando en Constantinopla el servicio de los dioses.

(3) Am. Marcelino, XXII, 5: «...monebat civitibus ut discordiis consopitis quisque, nullo vetante, religioni suae serviret, intrepidus. Añade Marcelino que en el fondo Juliano había deseado azuzar á los doctores para aumentar la confusión de las iglesias. Esta interpretación es contraria á las palabras que cita del mismo Juliano y cuya sinceridad atestiguan muchas cartas de este príncipe. Como en otro lugar hemos visto, en aquel horno religioso del Oriente cristiano, las disputas de los doctores no necesitaban pérdidas solicitudes para estallar.

al contrario, que los que quieran venir á nuestros sacrificios comiencen por purificarse, y concedemos á los nazarenos el derecho de reunirse cómo y cuándo quieran, con la única condición de no alterar el sosiego público... Vosotros, que estáis en el error (los cristianos), no perjudiquéis á los que permanecen fieles al culto consagrado de tiempo inmemorial; y vosotros, adoradores de los dioses, guardaos bien de despojar las casas de los galileos y de cometer contra ellos violencias personales. Con la razón y no á golpes es como se ha de convencer.»

Si no atacaba, entendía que debía defenderse, y lo hizo mirando atrás. Constantino y los cristianos habían sido revolucionarios; Juliano fué un conservador. Aunque inter-



El Sol ciñendo corona radiada y con un látigo en la mano

pretaba el pasado con extraña libertad, hubiera querido que las palabras *mos majorum*, que habían tenido tan poderosa influencia entre los antiguos romanos, fueran la regla de conducta del príncipe y de los súbditos. La nación, decía, debe conservar los dioses que le fueron transmitidos de toda eternidad, y el ciudadano no puede desertar de la religión de su pueblo.

En su pensamiento, el paganismo venía á ser un principio de conservación. Pero ¿cuál debía ser este paganismo? ¿el de Roma ó el de Grecia, el de Egipto ó el de Siria? Sobre este punto, el conservador se hacía á su vez novador, y tomó á manos llenas de Platón y de los alejandrinos, la misma familia de pensadores (4), de los mitos solares del Asia anterior y hasta del cristianismo, cuya disciplina agradaba á sus ideas morales y á sus instintos de gobierno. Su tratado del Rey-Sol fué el Evangelio del nuevo culto oficial, y como una religión exige misterio, Juliano dió á la suya las tenebrosas maravillas de la teurgia.

Edesio, el sucesor de Yamblico en la escuela neo platónica, pasaba por tener comercio con los dioses, y Juliano hubo de solicitar del anciano que le revelara la ciencia divina. «Amigo de la sabiduría, le contestó Edesio, mi cuerpo es un edificio en ruinas que pronto se hundirá; interroga á mis hijos.» Estos hijos de su espíritu eran Máximo y Prisco, que el emperador conservó á su lado y que continuaron hasta su muerte su extraño apostolado.

En la teología de Juliano se encuentran tres mundos: el *Sensible*, donde la materia muestra todas sus imperfecciones; el *Inteligible*, τὸ νοητόν, modelo del sensible, pero donde

(4) San Agustín, que es un discípulo de Platón, tanto como un discípulo de Cristo, que se eleva á Dios por medio de la filosofía, como por la fe y el amor; que encuentra, en fin, entre los platónicos muchas ideas conformes con sus creencias, vé en Plotino al mismo Platón resucitado (*Obras*, t. I, p. 294).

todo es llevado a la perfección y donde residen las causas primeras, los principios del *Ser*, de la *Belleza* y del *Bien*. Entre la inmaterialidad absoluta y la materia, entre lo que es inmutable y lo que cambia sin cesar, entre estos dos mundos, en fin, demasiado separados para que el uno pueda salir del otro, existe el mundo *Inteligente*, τὸ νοερόν, reproducción atenuada del primero y modelo del tercero. El mundo sensible no es, pues, más que el reflejo de una imagen, la del mundo absoluto, como sus dioses visibles corresponden, pero con menos poder y dignidad, a los dioses inteligibles del mundo superior.

Cada uno de estos mundos tiene su sol: el superior, rodeado de los ejércitos de los cielos y de las razas divinas; el inferior, que vemos, y el intermedio, que no vemos, pero que une la esfera de arriba y la de abajo. Este es el Rey-Sol, que difunde la vida y la organiza sobre el modelo del mundo inteligible: es el *Logos* de Platón, acaso el Verbo de Dios del concilio de Nicea, y ciertamente el sueño de un sueño (1).

Poco importa que Juliano no haya hecho en su teogonía más que seguir a los alejandrinos, ó que muy enterado de las doctrinas cristianas, hubiera querido establecer una relación entre la segunda Persona de la Trinidad y el dios más popular entre los paganos. En realidad renovaba la tesis platónica del mediador, y Porfirio, Yamblico, los taumaturgos, que acababan de matar la filosofía haciendo entrar en ella la superstición (2), enseñaban a los adoradores del Rey-Sol a ponerse en comunicación con los dioses por medio del ayuno, que preparaba a las visiones, y por el éxtasis que las mostraba. Era una supuesta ciencia que tenía sus reglas y un nombre: la *teurgia*. Los pontífices paganos reemplazaban con estos misterios la inspiración, «soplo de los dioses», que no encontraban ya entre los hombres, y creían llegar a conocer también la voluntad divina y por consiguiente las condiciones de la salvación.

Parece, pues, que las dos Iglesias iban a poder combatir con armas iguales.

Pero el cielo de Juliano, con tener tres soles, es muy oscuro y esa su nebulosa teología que reemplaza a los dioses de Homero, radiantes de vida y de belleza, con sutiles abstracciones que difícilmente comprendemos; esos extraños ruidos que se oyen en el fondo de los santuarios, esas estatuas que se agitan en las sombras (3), esas apariciones que se entreveían en el éxtasis, no tenían acción sino en un pequeño número de adeptos y de iluminados. Sólo una estrecha secta podía creer en esto, no una multitud, porque en la *teurgia* todo era personal y secreto.

¡Qué diferencia con la Iglesia, que no reconocía la inspiración de arriba sino en las decisiones de sus obispos reunidos en concilios, donde todo pasaba a la luz del día y en libres discusiones!

Juliano no debía ser más feliz con su sacerdocio que con su dogma. Aquel atrevido teólogo era hombre de alta moralidad. Platón había prescrito el esfuerzo para asemejarse a Dios, εὐπολοῦσθαι τῷ θεῷ; Jesús había dicho: «Sed santos como vuestro Padre que está en los cielos»; y la Iglesia repetía las palabras de San Basilio: «El rico es el adminis-

(1) Lamé (*Juliano el Apóstata*, p. 235) y Naville (*Juliano el Apóstata*, pág. 104) admiten esta asimilación, que Rendall (*The Emperor*, p. 93) rechaza, a nuestro ver, con razón. Véase en otro lugar de esta historia cuán familiar era a los filósofos la teoría del λόγος θεῶν.

(2) Véase, en Eunapo, la *Vida de Yamblico* y los milagros que obraba. J. Simón (*Historia de la Escuela de Alejandría*, II, p. 266) dice: «De Yamblico, por Edesio, descienden Máximo, Cleanto y Juliano.»

(3) Eunapo, en su *Vida de Máximo*, pretende que este taumaturgo podía animar las estatuas por virtud de sus conjuros.

trador instituido por Dios para socorrer a los pobres.» Muchos en el paganismo procuraban acercarse a este ideal, y Juliano fué uno de ellos (4). Se sirvió de su autoridad pontificia para exigir de sus sacerdotes, virtudes que no se adquieren por un mandato. Con el tiempo hubiera podido introducir más disciplina en su Iglesia, más regularidad en las costumbres de sus sacerdotes, más instituciones de beneficencia en la sociedad: son cosas de gobierno. Quédale a lo menos el honor de haberlo intentado.

«Como la vida del sacerdote, escribe en una especie de instrucción pastoral, es más augusta que la del político, conviene darle preceptos y favorecer vocaciones. Ante todo es menester practicar la beneficencia y socorrer a los pobres. Los hay que tienen costumbres irreprochables, y despreciarlos sería despreciar a los dioses. Es una obra de piedad dar aun a los enemigos comida y vestido.

«Nuestra solicitud debe extenderse hasta los malhechores encerrados en las cárceles, porque, a pesar de todo, estos hombres son hermanos nuestros, y luego, al hombre es a quien se da, no a sus costumbres.

«Tres virtudes son necesarias: la bondad para con los hombres, la castidad respecto del cuerpo y el cumplimiento de los deberes de piedad.

«El sacerdote consagrado al culto de los inmortales merece tanto honor y respeto como el magistrado.

«Es preciso que el sacerdote enseñe a los demás, no sólo en las ciudades, sino también en el campo, y que les dé esperanzas para lo que sigue a la muerte.»

Prohíbe a los sacerdotes la lectura de las comedias de masiado ligeras, de los libros licenciosos, de las obras escépticas de Epicuro y de Pirrón; quiere que puedan cantar los himnos sagrados, escritos por hombres a quienes inspire un soplo divino; que por la mañana y por la noche dirijan sus ruegos a los dioses, y que observen siempre perfecta continencia.

Nada de visitas ni festines, a no ser en casa de honorables ciudadanos. Han de huir de la plaza pública, de los espectáculos, del anfiteatro, hasta de la casa del gobernador, a donde sólo irán con la mira de socorrer a los indigentes.

En el templo, en presencia de los dioses, usarán vestiduras suntuosas; en la vida privada mucha sencillez.

«Para el sacerdocio elijase el más virtuoso. ¿Qué importa que sea el más pobre, si ama a los dioses y a los hombres, si da a todos los suyos ejemplo de piedad y si comparte con los pobres lo poco que posee?»

Quiere que los sacerdotes practiquen todas estas virtudes. Uno de ellos hiera a un colega: lo suspende por tres meses, le aconseja el arrepentimiento y añade:

«Somos ministros de oración: únome a tí, que suplicas a los dioses, según creo, para implorar el perdón de tu falta.»

Los superiores de los monasterios hablarán así.

El antiguo colega de Galerio y de Licinio, el emperador Maximino, había establecido en cada provincia un pontífice máximo, que debía velar sobre la doctrina y las costumbres de los sacerdotes inferiores, como el metropolitano de la Iglesia tenía la dirección espiritual de sus obispos comprovinciales.

Juliano fortaleció esta institución.

«Lo que te doy, escribe a Teodoro, nombrándole pontífice máximo de la provincia de Asia, lo que te doy es la

(4) Otro pagano, Marobio, que fué *praefectus cubiculi* de Teodosio el Joven, escribía en el siglo quinto: «Es preciso hablar a los hombres como si hubieran de oír los dioses, y a los dioses como si hubiera de oír todo el mundo» (*Saturm.*, I, 7).

## II. — LOS GRANDES OBISPOS Y LOS GRANDES MONJES DEL SIGLO IV

Si el cristianismo había hecho tan rápidos progresos, fué porque había amado a los pobres y librado a los fieles de las incertidumbres de la muerte. Juliano, que sin duda había meditado los dos tratados de la *Superstición* y de los *Plazos de la justicia divina*, no dejó a los galileos solos esta sanción a la vez dichosa y terrible de la vida terrena. El imperial discípulo de Platón no tiene las vacilaciones del maestro sobre la naturaleza del alma, ó a lo menos sobre la persistencia de la personalidad humana. Desde los primeros días de su reinado, había celebrado al Rey-Sol en un himno de ardiente piedad (3) que terminaba con estas palabras:

«Suplico al Sol, rey de todos los seres, que responda a mi abnegación con su gracia; que me conceda una vida pura, la ciencia de las cosas divinas, y cuando llegue la hora fatal, un dulce fin, un vuelo fácil hacia él, y si es posible, la eterna mansión en su seno (4).»

Es casi el pensamiento de Malebranche: «Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el dios de los cuerpos.» Pero este dogma de una existencia inmortal en un cielo árido, al lado de dioses sin forma y sin vida, ¿podía sobreponerse a la esperanza de las beatitudes, cuyo goce se prometían los cristianos, en las celestiales mansiones al son de las arpas de oro y los cánticos sagrados que los coros de los ángeles, de las vírgenes y de los mártires triunfantes harán oír al pie del trono del Eterno, cuando la sabiduría divina no tenga ya secretos para sus escogidos?

Juliano había querido apoderarse de las dos mayores fuerzas del cristianismo: la caridad y las esperanzas futuras. Esta ambición era noble, y no es lícito vituperar los esfuerzos que hiciera para realizarla, mientras sostuvo la pugna sólo con la palabra y las obras meritorias. Era volver a la sabia política del edicto de Milán; pero ¿sabrá atenderse a él mejor que quien lo promulgó?

cho tiempo atrás ξενῶνα ó posadas para recibir a los viajeros y medicina gratuita para los pobres, que los filósofos enseñaban la beneficencia y que los grandes príncipes la practicaban cuando fundaron la institución alimentaria. Plinio había dicho: «Hacer bien a los hombres es ser Dios.» La caridad no era desconocida en la antigua sociedad, porque es un sentimiento que se encuentra en el corazón humano; pero no se desarrolló ampliamente sino bajo la influencia del cristianismo, que dobló su fuerza haciendo de este sentimiento natural una condición de salud eterna.

(3) Dirigido a su amigo Salustio, a quien había nombrado prefecto de las Galias. Dice, *ad finem*, que componiendo este tratado, había querido «escribir un himno de reconocimiento en honor del dios.» Para Platón la inmortalidad del alma era una esperanza que convenía conservar, a fin de encantar la existencia, pero no demostraba lo que es el punto capital, que el hombre sobrevive a la muerte conservando su personalidad.

(4) En su segundo tratado contra los cínicos, habla también de «los ocultos senos en que reside el Dios Supremo, el bien absoluto con el cual aspira a confundirse nuestra alma;» y supone que el Sol y Minerva le dicen: «Recuerda que tienes un alma inmortal y que si sigues nuestros consejos serás dios como nosotros y gozarás la vida de nuestro Padre.» La misma oración, poco más ó menos, repite al fin de su tratado sobre Cibeles: «¡Oh madre de los dioses y de los hombres! haz que el pueblo romano borre la mancha de impiedad y dame a mí en recompensa del culto que te doy, la verdad en mis opiniones sobre los dioses y la perfección en las prácticas teúrgicas. Concédeme la virtud y el éxito en el cumplimiento de mis deberes políticos y militares, y cuando haya alcanzado el término de mi vida, una muerte rodeada de honor, con la dulce esperanza de llegar hasta tí.» (*Disc. V.*) Esta creencia era una doctrina védica. Los Vedas daban a las almas, por última mansión, el cielo ó el sol (Bergaigne: *La religión Védica*, t. I, p. 74, y t. III, p. 111-120). La vieja doctrina había reaparecido naturalmente con Jesús, y en tiempo de Juliano, paganos y cristianos, todos creían en esta ascensión de las almas.

administración de todo lo que concierne a la religión, es la autoridad sobre los sacerdotes del campo y de la ciudad con el derecho de juzgar sus actos.»

En otra carta dirigida a Arsacio, que ejercía el máximo pontificado de la Galacia, escribe también:

«Para luchar contra los que han propagado un culto impío, imitemos su humanidad para con los extranjeros, los honores que tributan a los muertos y la santidad aparente de su vida. No basta que seas irreprochable; todos los sacerdotes deben serlo. Habla y obra de manera que los haga virtuosos, y si no dan ejemplo de respeto a los dioses, destitúyelos sin consideración ninguna.

«Establece en todas las ciudades numerosos hospicios. Al efecto, he suministrado los recursos necesarios: la provincia de Galacia recibirá anualmente para este objeto 30,000 modios de trigo y 60,000 sextarios de vino (1). Júpiter es quien nos envía los pobres.»

Había sacerdotes paganos que abriganaban estos sentimientos y practicaban esta moral. Léanse las bellas cartas que el filósofo Máximo de Madaura, el pontífice Longiniano y el honrado pagano Nectario escribían cincuenta años después al obispo de Hipona y se encontrarán ciertamente muy buenos pensamientos; pensamientos de los cuales ha hecho la filosofía, aparte de toda creencia confesional, el patrimonio del género humano.

La predicación es un poderoso medio de propaganda. Ya vimos a los filósofos del siglo segundo emplearse en esto con fervor, y San Agustín reconoce que adelantaban camino. En los siglos siguientes los cristianos los sustituyeron; para disputarles la influencia, propúsose Juliano instituir cerca de los templos escuelas de enseñanza moral y religiosa, que siempre habían faltado al paganismo; y sabemos por Libanio que esta empresa tuvo un principio de ejecución, y por el obispo de Hipona que continuaba aún en su tiempo (2).

(1) Carta 19. Recordando estas tentativas de Juliano, le llama Gregorio de Nacianzo (t. I, p. 101) el *mono del cristianismo*. Pero un mono de esta especie es un hombre respetable. ¿Es que el progreso social no resulta de imitarse unas generaciones a otras? ¿No debe nada a nadie el cristianismo?

(2) En una de sus cartas felicita Libanio, por un sermón sobre Esculapio predicado en un templo recién abierto, al retórico Acacio, de quien dice Eunapo (*Acac.*, p. 497) que habría superado al mismo Libanio si no hubiera muerto joven. «Para el pueblo reunido en los templos, dice San Agustín, se tienen ahora muy saludables interpretaciones de la historia de los dioses: ayer ó anteayer hemos oído algunas.» (*Obras*, t. II, p. 278.) «Juliano quería, dice Gregorio Nacianceno, establecer escuelas y cátedras en todas las ciudades, lecturas sobre las doctrinas griegas, explicaciones adecuadas para formar las costumbres... reprimidas graduadas para los pecadores. Quería también fundar refugios, hospicios, monasterios, casas para las vírgenes, casas de recogimiento.» (*Invectiva*, I, p. 138, ed. de 1842; C. Naville, *op. laud.* p. 163.)

El cristianismo fué una ley de perfeccionamiento interior, y esta ley hizo santos; no fué una causa de renovación social, y así ni salvó el Estado ni las costumbres públicas. Pero siendo la caridad el fondo de esta religión, mientras los doctores perdían tiempo en sutiles disputas sobre el dogma, las almas piadosas creaban las instituciones hospitalarias que son el honor del espíritu cristiano. Justiniano (*Cod. Just.*, I, 219) habla de donaciones hechas... *in sanctam ecclesiam, vel in xenodochium, vel in nosocomium, vel in orphanotrophium, vel in ptochotrophium, vel in gerontocomium, vel in brephtrophium, vel in ipsos pauperes;* y recuerda que estas donaciones estaban reguladas por antiguas leyes, *ex veteribus legibus*. (Cf. *ibid.*, ley 22 y tit. 3.) Sin embargo, no creemos que ninguna de estas palabras se encuentre en el Código Teodosio, cuya redacción es del año 438. Pero es cierto que la Iglesia había favorecido desde muy temprano las instituciones de beneficencia. San Basilio, que murió en 379, había construido en Cesarea para los caminantes enfermos un hospicio que servían médicos y enfermeros, y en que había talleres, bestias de carga y conductores para el servicio del establecimiento (*Carta 94*).

Se recordará, sin embargo, que las ciudades paganas tenían de mu-